

Las líneas de la mano

Zulma Velásquez

Me dijo que se iba solo tres meses, por trabajo. Pero yo se lo advertí, le advertí que terminaría quedándose, que iba a tener que llamar y pedir que le mandaran las cosas, las pocas cosas que tenía. Y eso fue lo que pasó. Yo lo sabía y se lo dije, lo había leído en la palma de su mano. También había notado que su línea de la vida era corta, pero de eso no dije nada.

Dicho y hecho: fue pasando el tiempo y en los escasos llamados que me iba haciendo podía adivinarse que no iba a volver tan pronto, hasta que una noche me llamó y me dijo que se quedaba. Suspiré y le dije que ya lo sabía, que se lo había dicho antes de que se fuera. Es cierto, comenté del otro lado de la línea, acertaste, Zulma. No es cuestión de suerte, dije, es el destino. Sí, como una estúpida me había enamorado de él, a pesar de tener muy claro que no iba a funcionar. Al mes del llamado recibí una postal en la que se veía la playa de Copacabana desierta, envuelta en una luz crepuscular. *«Por ahí corro todas las mañanas, de una punta a la otra. Espero que estés bien, Zulma. Pronto te vuelvo a escribir. José»*, decía en el dorso. Pero no volví a tener noticias tuyas por mucho tiempo; más o menos hasta seis o siete años después.

Cuando nos conocimos él estaba casado. Yo acababa de divorciarme del padre de mi único hijo. Él también tenía un hijo, de la misma edad del mío, pero seguía casado. Fui su amante durante casi un año, hasta que una chusma del barrio abrió la boca y le fue con el cuento a la esposa. Mejor para mí. De todos modos, José había sido muy imprudente, todo el mundo sabía que estaba conmigo. Incluso había tenido el atrevimiento de llevarme a su casa, con su esposa y su hijo presentes, una noche que nos invitó a cenar a mí y a mi hijo. Pobre Mecha, lo que habrá sufrido. Después pude ponerme en su lugar y entenderla: si había hecho algo así con ella, con la madre de su hijo, qué me esperaba a mí. El olvido. Pero yo creí que conmigo iba a ser distinto. Me había ilusionado. Se notaba a la legua que él era un donjuán, un mujeriego empedernido, pero yo me dije: a mí me quiere, a mí me quiere de verdad, y no puede controlarlo, por eso aquella vez me llevó a su casa y luego dejó a su esposa, por mí, porque me quiere. Después se fue a Brasil y desapareció de mi vida.

Hasta que un día me llamó. Habían pasado casi siete años. Estaba de vacaciones en Buenos Aires y se había encontrado en la calle con mi hermano y le pidió mi número. Yo me había vuelto a casar pero igual acepté encontrarme con él. Me daba intriga verlo. Fuimos a tomar un café. Hablamos de lo que había sido de nuestras respectivas vidas. Me contó de sus peripecias por Brasil. Yo le hablé de mi marido. Él actuaba como si no hubiese pasado el tiempo. Yo me cuidé de decirle que de un día para el otro no me había escrito ni llamado más; para qué. Al salir del café nos pusimos a caminar por

nuestro antiguo barrio y, sin decirnos nada, solo mirándonos a los ojos, entramos en un hotel. Cuando terminamos de coger, estábamos acostados, yo fumaba, él no, él quería dejar, me miró y me dijo: Qué casualidad, Zulma, allá en Río acabo de conocer a una mujer que es actriz pero también se interesa por cosas esotéricas, se comunica con los espíritus y todo eso. Yo solo leo las líneas de la mano, le dije ofendida. Igual allá hay mucho *de eso*, agregué, restándole interés a la supuesta coincidencia. ¡Qué tipo, José!, acabábamos de coger y ya me hablaba de otra. Salimos del hotel a eso de las nueve. Yo tenía que volver a casa. ¿Cuándo volvés a Río?, le pregunté. La semana que viene, me dijo. Sabía que ya no volvería a verlo. Nos despedimos y cada uno se fue por su lado. Lo miré irse. Mientras se alejaba se dio vuelta y, al ver que lo miraba, alzó su mano, saludándome. Me di la vuelta y empecé a caminar. Va a morir allá, pensé, pero más bien fue como si lo recordara.